

La transferencia en la dirección de la cura

Andrea Fridman

“¿Qué hacemos cuando hacemos análisis?” En general, plantea Lacan en el *Seminario 1*, no hay acuerdo entre los analistas respecto de aquello a lo que apuntan, a lo que obtienen y a lo que está en juego en el análisis.

Si cabe definir un psicoanálisis como aquello que puede esperarse de un psicoanalista -definición que puede pecar a su vez, tanto de obviedad como de ironía-, es porque se supone la presencia del analista para sostener el avance de un análisis hacia un punto donde él mismo -el analista- debe estar dispuesto a caer como deshecho. Debe desear, incluso, quedar reducido a eso. ¿Qué cosas podrían llevar a alguien a desear ocupar ese lugar? Pregunta fundamental que nos lleva a plantear aquello que hace al análisis didáctico, al análisis del analista. Si alguien puede desear ocupar ese lugar, es porque ha atravesado una dimensión narcisista del amor. Quien la atraviesa, ya no busca ser amado.

La transferencia es uno de los conceptos fundamentales del psicoanálisis. En la *Proposición* del 9/10/67, Lacan dice: “En el comienzo del psicoanálisis está la transferencia”. Bien, ¿cómo se produce la transferencia en el punto de partida, en lo particular de un inicio de cura?

Sabemos que la transferencia es representada como un afecto, y que se la califica en general como positiva o negativa. La transferencia positiva es identificada con el amor y erróneamente se la considera como un falso amor, la sombra de un

amor, sostenido del engaño que es el artificio de la transferencia. Amor rebajado, parecería en la instancia transferencial, amor que no es verdadero. Sin embargo, ésta es una formulación engañosa en sí misma, porque no hay diferencia alguna entre este amor de transferencia, y lo que, en esencia, es El amor. Este se ofrece para colmar al Otro, y si el Otro -que el otro encarna- posee a su vez aquello que puede completarnos, “nos aseguramos precisamente de que podremos seguir ignorando qué nos falta”¹. “Ella me dio a elegir -dice un analizante-: La música o ella. Yo quería ser músico, pero la elegí a ella. Creí que la opción era válida, porque ella era todo para mí, menos la música. Me quedé sin hacer lo que quería, y ahora me doy cuenta que me quedé en bolas”. Triste, y tan habitual testimonio clínico, de aquello a lo que lleva el amor en su dimensión más neurótica y narcisista: a ceder en el deseo. Esto no quiere decir que el sujeto no desee, que deje de desear, sino que no avanza en su realización. Sostiene lo que desea... sin satisfacerlo. La satisfacción del deseo entraña un goce que no es aquello que conviene al narcisismo, en la medida que cada vez que el sujeto realiza aquello que desea, pone en juego la estructura de la castración.

Para que el fenómeno de la transferencia se produzca, son necesarias ciertas condiciones de estructura. La disposición transferencial es un rasgo de la estructura neurótica, razón por la cual Freud denominó a las neurosis como neurosis de transferencia. Los efectos transferenciales también se presentan, fuera de la situación del análisis, en la vida cotidiana. El análisis no crea la transferencia, pero hace con ella algo completamente distinto de lo que podría hacer, por ejemplo, cualquier tipo de psicoterapia. Antes de que Freud tematizara el inconsciente, los hombres soñaban, tenían padecimientos físicos que la anatomía y la fisiología no podían explicar, equivocaban ciertas palabras cuando hablaban, etcétera. Hechos que podían ser atribuidos a múltiples causas, incluso a cierto “inconsciente”, pero aun así de una manera que en absoluto tiene que ver con el inconsciente freudiano. Quiere decir que el análisis -insisto-, no es la razón de la existencia de este fenómeno llamado transferencia. Pero es cierto que el psicoanálisis ofrece una conceptualización de la misma, se vale de ella y con ella trabaja. Hace de ella un instrumento, pero debe tender a su disolución. Cuando Freud renuncia a la sugestión como método, es para dejar integrar al sujeto de lo cual está separado por las resistencias. En “La dirección de la cura...”, Lacan sitúa que Freud reconoció que

la transferencia era el principio de su poder. En esto no se diferencia de la sugestión. También reconoció que ese poder no le daba la salida al problema, sino a condición de no utilizarlo. Porque justamente, cuando el poder que confiere la transferencia no se utiliza, es cuando ella toma todo su desarrollo de transferencia. Caso contrario, se convierte en sugestión.

Lacan propone tratar la transferencia como un nudo, puesto que hay una contradicción en su función. Por un lado, Freud indica que la transferencia es esencialmente resistente: es el medio por el cual se interrumpe la comunicación del inconsciente, por el que el inconsciente se vuelve a cerrar. Por otro lado, el analista debe esperar a que la transferencia se haya instalado para interpretar. Es necesario contar con ella como "el punto de impacto del alcance interpretativo en la medida en que, con respecto al inconsciente, es momento de cierre"². Advirtamos esta paradoja.

Sujeto Supuesto Saber es el nombre que Lacan da a la creencia estructural del ser hablante, en correlación con el inconsciente estructurado como un lenguaje. "El Sujeto Supuesto Saber es el eje desde el cual se articula todo lo relacionado con la transferencia"³. El análisis sólo puede comenzar en la medida que los analistas nos hacemos garantes de la suposición de saber. Pero de ahí en más, el análisis debe iniciar el camino de descender el velo. Ese SSS, finalmente debe caer. Es lo que se designa como "liquidación de la transferencia". Se trata de la experiencia de la inexistencia del Otro supuesto en la transferencia, y también del saber, porque ambos términos son solidarios: el sujeto supuesto y el saber.

Para poder interpretar, entonces, es necesario esperar que se produzca ese efecto de transferencia, que sólo puede pensarse a partir de la instalación del sujeto a quien se le supone el saber. Ahí se ofrece un analista, como garantía de que eso existe. ¿Qué se le supone saber? La significación. El saber se ubica en un lugar de contigüidad a la suposición. En el interior de esa relación que la transferencia instala, se ubica el significante de la transferencia. El significante inconsciente, significante que representa al sujeto para el resto de los significantes, el S1, es transferido al campo del Otro. Queda el Otro, encarnado por el analista en posición de poseer la significación, el saber sobre ese significante. Pero esto es ficticio. Se trata en verdad del propio mensaje que vuelve desde el lugar del Otro.

El analista es demandado a sostener el Ideal, ya que viene en posición de en-

carnar, de ofrecer garantías al analizante. El mismo se ofrece a sostener ese engaño, pero no responde desde ahí, no ofrece saber, sino que trabaja con el equívoco. Responde con la interpretación, que es lo que produce efectos de verdad. Esta es una de las vertientes en que puede ser leída la posición de abstinencia. Si el analista responde a la demanda con la interpretación, no hace consistir el saber de su lado, sino que el saber acerca de los significantes inconscientes se relanza al lugar del sujeto en análisis. Doble efecto de la interpretación en la medida que, por un lado, produce el efecto de verdad por la vía del equívoco, y por otro lado, descompleta el lugar del Otro. Que el analista ocupe el lugar de "a", que hace semblante de "a", semblante de objeto, quiere decir que está identificado con el puro vacío, objeto de goce. Esto aparece bajo la forma del silencio, no como impostura, sino como un rehusarse a decir, posición de no demanda. A su vez, que no demande, no quiere decir que se ofrezca como no deseante, sin fallas, sin hiancia. El analista en posición de "a" ofrece su deseo a la localización del deseo del analizante. Detrás del amor de transferencia, cuando eso se instala, está la afirmación del vínculo del deseo del analista con el deseo del analizante "Nunca dijimos que el analista jamás debe experimentar sentimientos frente a su paciente. Pero debe saber, no sólo no ceder a ellos, ponerlos en su lugar, sino usarlos adecuadamente en su técnica"⁴.

Ese lugar destinado finalmente a caer, en el mejor de los casos -cuando un analista puede conducir un análisis hasta ahí-, es un largo y sostenido trabajo. "Tanto va el cántaro a la fuente, que al final se rompe", ese lugar que debe tender a desaparecer del horizonte del sujeto, el SSS se va cavando, horadado en todo el curso de un análisis, y es por efecto de la interpretación, que como hemos visto ya supone una posición de abstinencia. Cuando el analista responde con la interpretación, es porque lo que tiene que escuchar, se articula a una cadena de letras. Esas letras -si bien no viene al caso aquí desarrollar lo que hace a la instancia de la letra en el inconsciente- son ese carozo, ese Kern, como lo decía Freud, de non-sense, como lo llama Lacan, que la interpretación aísla. Ese non-sense que resulta aislado, es la confrontación con lo que no tiene ningún saber. El efecto de verdad, atañe precisamente a la presencia del elemento literal en el discurso. Si la verdad se medio-dice, ésta es una de las mitades; la otra es la del sentido. Lo que de la verdad es reprimido, es la primera de éstas, la letra. La interpretación, por dirigirse a

ella, opera como escansión, esto quiere decir operación de corte entre el S1, lugar de la verdad y el S2 o lugar del saber.

Cuando una interpretación es justa, aparece un material que la confirma: un sueño, una nueva asociación, el efecto de sorpresa que se hace evidente en el mismo momento que el sujeto descubre que eso se hallaba operando en él. No es la interpretación la que lo crea, sino la que lo descubre en la cadena que insiste en reproducirse en la transferencia.

Dijimos que la práctica del análisis debe conducir a la liquidación de la transferencia. Freud aborda esta cuestión en "Análisis terminable e interminable", en 1937. Por un lado, plantea que la liquidación de la transferencia es la tarea última del tratamiento analítico y esto implica, desde un punto de vista lógico, la disolución de la neurosis, en tanto lo que allí se ha instalado es la neurosis de transferencia. Por otro, también plantea que un análisis es estructuralmente infinito, dado que las defensas neuróticas ante la angustia de castración imponen un límite al análisis. Es lo que llama la roca viva de la castración. El sujeto puede avanzar hasta ahí... porque si la castración no es atravesada, el Otro que ofrece sus garantías al deseo del sujeto se sostiene incólume, por lo que la disolución de la transferencia es imposible, dado que supone la prescindencia del SSS, en lo que es la experiencia de su inexistencia. ¿Paradoja, contradicción del planteo freudiano?

Lacan da un paso más allá, no se detiene ahí donde Freud se detuvo. El punto clave de inflexión teórica y clínica es su conceptualización de la castración. A medida que avanza la resolución de la transferencia, va perdiendo relevancia ese amor del que hablábamos al principio: el amor narcisista. A esta dimensión del amor, Lacan opone otra: la del amor sin límites. La dimensión del amor más allá del amor al padre. Es el amor al significante, al significante amo de la cadena, determinante último de la cadena significativa del sujeto, al cual el sujeto está sujeto en tanto sujeto. Amor que renuncia al objeto.

La caída del objeto "a" y la revelación del S1, son tiempos correlativos: es el tiempo de destitución del objeto del fantasma que cumple la función de obturar la castración en el Otro, en tanto el sujeto se ofrece ahí como tapón de la falta. Lo hace al precio de renunciar a su deseo, por no pagar el costo de la castración. La asunción del deseo por parte del sujeto, produce el efecto de la castración en el Otro, y esto cada vez que da un paso en su realización. Por eso el horror al acto. El

deseo realizado, el acto en toda su dimensión, siempre entraña este lugar de transgresión.

Una analizante, cuyo deseo se halla indudablemente comprometido con el cantar, siempre lo había hecho "escudada" en un coro. Cuando después de mucho tiempo de estudio y esfuerzo es convocada como solista, su deseo se hallaba a una nota de ser realizado. Pero dos días antes de su presentación pública y luego de exitosos ensayos que disfrutaba "como loca", enmudece. Su afonía es total. Presa del pánico por inscribir su acto, su gozoso acto, estuvo a un paso de no poder cantar.

Cuando la instancia narcisista del amor es atravesada, el sujeto puede ofrecer lo que tiene: su deseo, que es también su falta. La transmutación narcisista en este otro amor, es una de las primeras consecuencias de lo que estos tiempos, correlativos y solidarios, arrastran en su caída. La ley de repetición inconsciente no cesa por ello, ni cesa el trabajo del inconsciente. El significante del Nombre del Padre, núcleo que le imprime lógica a esta repetición, aparece finalmente como un conjunto de letras, puro sin-sentido, al que el sujeto se halla sometido. Se trata de servirse de él para no ceder en el deseo. Finalmente, de aquello que el sujeto prescinde, es del sujeto que suponía allí donde sólo había un significante.

NOTAS

1. Lacan, Jacques, *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1986.
2. Lacan, Jacques, *Ibid.*.
3. Lacan, Jacques, *Proposición del 9 de octubre de 1967: Sobre el psicoanalista y la Escuela* -inédita-.
4. Lacan, Jacques, *Seminario I: Los escritos técnicos de Freud*, Barcelona, Paidós, 1981.